

PRIMER PROGRAMA DE UN SISTEMA DE DEMOCRACIA ECOLÓGICA

David Hernández Castro*

1

La subjetividad rebelde

Al igual que todas las revoluciones del pasado, el triunfo o la derrota de los movimientos de transformación social sigue dependiendo, en última instancia, no sólo de que se generen las condiciones materiales que hagan posible su existencia sino además, y muy necesariamente, de que se articule en una *subjetividad rebelde* el anhelo de transformación que constituye la base ideológica del movimiento.

La producción de una forma colectiva de subjetividad rebelde, una conciencia social de pertenencia a un proyecto común de emancipación, nace del impulso vital a la negación de unas determinadas condiciones materiales de existencia cuando estas condiciones se constituyen como una negación de la vida. Queremos cambiar el mundo porque el mundo se ha convertido en un lugar hostil para la vida, pero es sólo cuando profundizamos en las raíces de esta hostilidad cuando descubrimos que su origen está en una forma determinada de organizar la vida, que es la forma de organización social que conocemos bajo el nombre de capitalismo. No se trata ni de una maldición bíblica, ni de una condición natural del ser humano. O, como dijo Marx, “no es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia”. Tanto los sentidos negativos de sumisión, egoísmo y competencia como los sentidos contrarios de rebeldía, altruismo y solidaridad son producidos por la realidad social que determina la aparición de los primeros como la forma dominante de su conciencia, y de los segundos como la expresión de la contradicción que necesariamente alberga en su seno. Tomamos conciencia de nuestra rebeldía cuando nos descubrimos insumisos a un sistema que nos hace ajenos a nosotros mismos, y es en la afirmación de la vida que conlleva esta toma de conciencia donde se realiza la producción colectiva de la subjetividad rebelde y sus nuevas formas de valoración social.

* David Hernández Castro fue miembro del Consejo Político Federal de IU. En la actualidad forma parte del Consejo Político Regional de IU de la Región de Murcia (abejorrico@yahoo.es).

Esta nueva subjetividad rebelde no puede desdecir en su forma de articulación concreta, sea ésta un partido político, un sindicato de trabajadores o cualquier otra clase de organización social, aquellos principios que constituyen la justificación de su existencia. Cuando esto ocurre su historia sólo puede terminar en tragedia, que es el abismo que separa el deseo de la realidad. Lo que debería ser el principio activo del movimiento de transformación social se ha convertido en un objetivo fosilizado a conquistar por medios instrumentales, o con otras palabras, el socialismo ha dejado de ser una práctica social para convertirse en una doctrina a realizar por medios que se le oponen *como un poder extraño*. La razón por la que algo tan obvio ha pasado generalmente desapercibido incluso en las críticas de los teóricos más avanzados se encuentra en la propia estructura de producción política que el movimiento obrero se dotó prácticamente desde el principio. Cuando los primeros trabajadores empezaron a organizarse en sindicatos de clase, y posteriormente, en agrupaciones políticas, trasladaron la forma de organización del trabajo en las fábricas a la forma de organización de su actividad política. El sindicato, el partido, asumió la *representación* como la forma dominante de la distribución de la participación política, y aunque hubo otras experiencias democrático-radicales de organización social de las resistencias fueron enseguida tildadas de “espontaneístas” y combatidas hasta la muerte por quienes habían asumido la función directiva del movimiento obrero y veían en la autogestión el mayor peligro para sus intereses. Pronto se instauró un divorcio radical entre dirigentes y dirigidos, “intelligentsia” y militancia, comités y asambleas. Se creó la “compartimentación vertical absoluta” que hacía impracticable la comunicación transversal, se fomentó la despolitización de la militancia monopolizando los procedimientos de toma de decisiones en las manos del grupo dirigente, se articuló un discurso y una forma de organización que bajo la invocación de la eficacia y la disciplina sacrificaba en el altar del centralismo democrático la autonomía de las bases. Cuando Marx escribió que “la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismos”, no se trataba, como denunció Engels años después, que para su emancipación la clase obrera necesitara “someterse a la dirección de burgueses “cultivados y ricos”, pues sólo ellos tienen “tiempo y posibilidades” de llegar a conocer lo que puede ser útil para los obreros”, sino que muy al contrario la clase obrera debía conservar la autonomía de su organización política en la orientación que adoptaron experiencias históricas como *La Commune de Paris*, donde todos los cargos administrativos y públicos se cubrieron por elección mediante sufragio universal, siendo dotados de un salario equivalente al del resto de la clase obrera y conservando en manos de las asambleas locales la posibilidad de revocar su elección en cualquier momento. Es curioso señalar que casi ningún partido de los que en la

actualidad se proclaman marxistas cumple con alguna de estas premisas que estableciera el propio Marx. Nada más lógico si tenemos en cuenta la integración de los partidos de la izquierda en el sistema parlamentario burgués, es decir, la aceptación de los procedimientos de representación política como el instrumento fundamental de participación democrática.

3

Democracia y autonomía

Que no estamos ni siquiera en una democracia representativa se sigue inmediatamente de la inexistencia de los mandatos imperativos y de consultas a la población, o la militancia, sobre las decisiones políticas que los supuestos representantes deben adoptar. En realidad, sufrimos una democracia *sustitutiva*, donde lo que se vota no es tanto a quién se va a delegar la representación del interés político como quién va a ostentar los derechos políticos en nuestro lugar. Democracia significa poder del *demos*, podríamos decir, de la asamblea, y la condición imprescindible para que ese poder o autogobierno pueda ser ejercido es la *autonomía*. Cornelius Castoriadis decía que la democracia es “el régimen de autoinstitución explícita y lúcida, tanto como es posible, de instituciones sociales que dependan de una actividad colectiva y explícita”, o en otras palabras, el gobierno de los ciudadanos por los ciudadanos mismos. Este movimiento de autoinstitución hacia una sociedad más libre y justa es lo que Castoriadis llamaba *proyecto de sociedad autónoma*, que llevado a su cumplimiento debe establecer una sociedad democrática. La *autonomía* es la libertad de los ciudadanos bajo la ley, y no se puede ser libre bajo una ley “si no se puede decir que esa ley es propia, si no se ha tenido la posibilidad efectiva de participar en su formación y en su institución”. La *autonomía* es la cara contraria de la *heteronomía*, lo que aplicado a la comunidad significa la posibilidad de poner en tela de juicio las propias leyes e instituciones (autonomía), frente al sometimiento a un poder ajeno que impide el libre desarrollo de su naturaleza (heteronomía). En resumen, la *autonomía* es la condición necesaria de la democracia (participativa), la libertad entendida como un doble movimiento de participación política: la participación a través de la crítica social y la puesta en cuestión de los valores dominantes; y la participación en el autogobierno de la sociedad a través de los instrumentos de la democracia (participativa). *La autonomía no es un cerco sino que es una apertura.*

4

La máquina del partido

La cuestión fundamental es que no se pueden alcanzar objetivos emancipadores por medios que contradigan esos mismos objetivos. Si queremos construir una sociedad democrático-participativa deberemos hacerlo por medios democrático-participativos, si queremos una sociedad

socialista, deberemos emplear procedimientos socialistas. En la física aristotélica, que vía Hegel tanto influyó en el pensamiento de Marx, es la forma lo que determina el contenido. La tragedia del movimiento obrero es que la *forma* histórica de la que se dotó para postular su *contenido* emancipador era opuesta a ese mismo contenido. La razón instrumental dictaba la lógica del sacrificio, la disciplina, la obediencia y el resto de los valores castrenses que los obreros trasladaron de la producción fabril a la producción política, sólo que en lugar de trabajar para la producción de mercancías industriales trabajaron para la producción industrial de *mercancías políticas*. El partido se convirtió en una fábrica disciplinada por la lógica del nuevo mercado de la representación electoral, en una *máquina para dominar* que no era sino una reproducción especular de la *máquina del Estado*. Era necesario que en el interior del partido se reprodujese la misma pasividad, la misma indolencia, que afecta al sistema parlamentario, por la sencilla razón de que la delegación corrompe la democracia. Es por eso que la crisis ideológica de los partidos suele irrumpir con la pérdida de votos, es decir, del capital que esos votos llevan asociados, porque en esencia las modernas representaciones políticas de la izquierda han devenido en fábricas de producción de mercancías políticas, donde su utilidad viene impuesta por su valor de cambio en el mercado electoral y no por la necesidad social de su valor de uso. De la misma manera que Hölderlin y Helgel dijeron en su *Primer programa de un sistema del idealismo alemán* que “no existe una idea del *Estado*, puesto que el Estado es algo *mecánico*, así como no existe tampoco una idea de una *máquina*”, nosotros podemos añadir que si *sólo lo que es objeto de libertad se llama partido, ¿tenemos que ir más allá del partido!*

5

La guerra civil de la burocracia del partido

Pocas de las personas que han rastreado el origen de la crisis de la izquierda han asociado la lucha de tendencias dentro de la organización con la pérdida de recursos económicos que lleva aparejado el desastre electoral. Se ha caído en la mayoría de las ocasiones en un análisis idealista que concluye imputando la responsabilidad de la crisis a la malignidad de tal o cual dirección política, incluso a personas concretas dentro de esa misma dirección. Cuando IU inició su debacle electoral, primero se culpó a Julio Anguita y su estrategia de *las dos orillas*, para a renglón seguido iniciar la crítica de la estrategia de la *izquierda plural* encabezada por el nuevo Coordinador General Gaspar Llamazares, todo ello sin que a casi nadie se le ocurriera poner en cuestión que la fuente de legitimidad de la crítica no fuera tanto el valor intrínseco de la estrategias como su valor de cambio, es decir, los votos que fueran capaces de acumular. A nadie que conozca un poco el funcionamiento interno de la organización se le puede escapar que ninguna de ambas estrategias hubiera sido sometida jamás a revisión si hubiera sido capaz de mantener su eficacia en la producción de votos. Fue a partir del fracaso electoral y el consiguiente

impacto socioeconómico sobre la maquinaria de organización del partido, cuando el consenso general que se arbitraba en torno a la figura de Julio Anguita se tradujo en la escisión de la burocracia interna en dos facciones que pugnaban por el control de los recursos. La crisis del partido no es en última instancia una crisis ideológica, sino una crisis de la reproducción de las condiciones de producción del aparato del partido. Las diferentes posiciones políticas que adoptaron estas facciones en su lucha por el poder estaban más vinculadas a la propaganda para conseguir la adhesión de las bases que a una verdadera diferenciación de identidades políticas. Las sonadas muestras de transfuguismo de destacados dirigentes de un bando a otro, la celeridad con la que se pasaban a criticar las posturas del adversario incluso antes de que éste hubiera abierto la boca, y la asombrosa naturalidad con la que se lanzaban acusaciones de traición contra el rival por sostener posiciones idénticas a las poco antes había sostenido el propio acusador (véase el acuerdo de Frutos y Almunia y lo que pasó después, por poner un ejemplo), demostraban a las claras que se trataba no de la confrontación de dos proyectos distintos, sino de una despiadada guerra civil de la burocracia por el control del aparato del partido. Como en todas las guerras, los dirigentes de los bandos en pugna intentan ocultar las verdaderas raíces materiales del conflicto bajo un discurso ideológico fabricado para despertar la adhesión emocional más que la sintonía crítica, y como suele ocurrir en estos casos, a menudo las tensiones puntuales se desinflan en acuerdos y apretones de manos, entiéndase listas conjuntas, reparto proporcionado de los recursos, o simplemente pasteleo, de manera que por unos instantes la militancia, hasta entonces persuadida de la incompatibilidad de los discursos, puede contemplar en su cruda naturaleza la banalización de que ha sido objeto por parte de los dirigentes.

6

La autonomía como fuente de legitimidad

Para una organización de la izquierda transformadora la fuente de legitimidad de su discurso nunca puede provenir de su valor de cambio en el mercado electoral, porque eso conduce inexorablemente a ajustar el contenido de su producción política a las demandas políticas del mercado, un mercado que como sabemos está sometido por las grandes maquinarias de producción de consenso que constituyen los diferentes medios de (in)comunicación e (des)información del capital. Si esto es así, si admitimos que el discurso de la izquierda no puede estar sustentado por su valor de cambio, ¿cuál será la fuente de legitimidad que establezca, de una vez y para siempre, la valoración de nuestra producción política en torno a su auténtico valor de uso? Sin ninguna duda se trata de la *autonomía*, es decir, el gobierno de los ciudadanos por los ciudadanos mismos, o en nuestro caso, el gobierno de la militancia por la propia militancia.

La expropiación de los expropiadores

Una muestra del sentido idealista que pesa en la mayoría de los análisis sobre la crisis de la organización es la preponderancia que se otorga al cambio de dirigentes, como si fueran los dirigentes los que dominaran sobre la máquina del partido y bastase con una sustitución por un liderazgo más efectivo para superar la crisis, es decir, conseguir más votos. Pero la realidad es que el aparato del partido no depende de las personas que lo encarnan, sino al revés, de manera que es el propio aparato el que reproduce las condiciones de su dominación, entre ellas, la propia función directiva, que apenas tiene margen político de maniobra si pretende prolongar su existencia. No es la conciencia de los líderes políticos la que determina la realidad del partido, sino que son las relaciones de producción del partido las que determinan la conciencia de sus líderes. No hay políticos buenos y otros malos. Son la expresión política de un sistema que produce la función que ellos asumen y que en la mayoría de los casos ejercen dotados de una ética y una abnegación irreprochables, incluso teniendo, como es el caso de alguno de ellos, un puesto de trabajo fuera de la política. El asunto no es tanto la buena o mala voluntad de los dirigentes como la *posición* que ocupan dentro de la burocracia del partido. Aunque sus decisiones políticas sean acertadas, están pervertidas desde el momento en que fueron muñidas a espaldas de la militancia. La participación en cargos de dirección sólo está legitimada si *aspira a la expropiación de los expropiadores. Querer convertir la participación política individual en una realidad, transformando los medios de producción política del partido, que hoy son fundamentalmente medios de producción de mercancías políticas que se intercambian por votos (la mercancía que funciona como medida de valor, los votos son dinero), en simples instrumentos de participación política libre y asociada. ¡Pero esto es el comunismo, el "irrealizable" comunismo!*

La subversión de la función directiva

Si lo que se pretende es cancelar la crisis la única opción posible es transformar las relaciones de producción que constituyen la esencia del partido, es decir, iniciar un proceso constituyente, una revolución democrática (participativa), que conduzca a la superación del actual modo de producción política e instaure en su lugar un nuevo sistema de autogestión socialista. Se trata de sustituir la guerra civil de la burocracia por la guerra democrática de la asamblea contra la máquina del partido. No es tanto la sustitución de un dirigente por otro como la abolición de la propia función del dirigente, y con ella, la del dirigido. Naturalmente, hablamos de un *proceso*, es decir, una tendencia progresiva de transformación de las relaciones de producción del partido que irá expandiendo la nueva forma de organización a través de

momentos continuos y saltos cualitativos. Lo que se pretende es transformar el modo de organización de una democracia representativa a una democracia participativa mediante la puesta en marcha de un proceso paulatino pero irrevocable de traspaso de las competencias de la dirección a los afiliados. En el interludio de este proceso, cuando los partidarios de la revolución democrática opten por presentar candidaturas a cualquier instancia de dirección, los candidatos más óptimos serán aquellos que no sólo sean conscientes de que su función no es dirigir el proceso sino que además se vinculen con mandatos imperativos desde el principio de responsabilidad de que lo que se pretende con el cargo de dirección es subvertir la propia función directiva.

9

La democracia es un fin en sí misma

A la cuestión de la orientación política que cabe esperar de una tal organización que se dirija a sí misma, es decir, donde los afiliados sean los que se dirijan a sí mismos, es necesario desmontar de una vez por todas la falacia tan cara a las direcciones de todos los tiempos de que el pueblo, o la militancia, necesita de “hombres omnisapientes” que le aclaren lo que más le conviene, en la medida en que sólo a estos *dirigentes profesionales* “debe entenderse por “inteligentes” en materia de organización” (Lenin). Esta impostura es tanto más fuerte cuando lo que en verdad sucede es más bien lo contrario: cada vez que se produce una delegación permanente de la responsabilidad terminan instaurándose los valores de la autoridad, el conformismo y la indolencia. Una asamblea es siempre más consecuente, crítica y radical que sus dirigentes, algo de lo que la historia del movimiento obrero es un ejemplo continuo. La razón de que ello sea así estriba en que la forma determina el contenido, y por consiguiente, si las estructuras jerárquicas de decisión generan valores jerárquicos de pensamiento, las estructuras democráticas de decisión generan valores democráticos. La democracia es un medio pero también un fin en sí misma. Y lo es porque además de producir con su práctica los procedimientos de su organización está reproduciendo los valores y objetivos que la inspiran. El mero hecho de participar, de implicarse en la gestión de los asuntos que a todos concierne, de reunirse con los compañeros para establecer las prioridades y necesidades de la organización y la sociedad, nos realiza como personas, nos hace mejores, nos educa en ciertos valores de convivencia que la sociedad del espectáculo ha relegado al último rincón. Participar, compartir, cooperar, nos hace responsables y solidarios. Por el contrario, la delegación instauro la cultura de la pasividad y el egoísmo.

10

La alienación del trabajo político

VII

La diferencia sustancial entre la vieja y la nueva forma de actuación política subyace en la dialéctica de la razón instrumental de la que adolece el partido. Al dotarse de una forma de organización representativa, la clase obrera asumió la existencia de un divorcio entre sus objetivos, la consecución de una sociedad sin clases y la socialización de los medios de producción; y los medios para conquistarlos, una organización estratificada en diferentes grados de competencia y una distribución desigual de la participación en la toma de decisiones. Lo importante era el objetivo final, el momento de la catarsis colectiva que acaecería el día de la liberación, y en cuyo altar era necesario, y merecía la pena, sacrificarlo todo. El obrero asumió su condición de *militante* sin percibir que detrás de la raíz castrense de la palabra subyacía algo más que una misma disciplina, abnegación y exposición de la vida; se estaba cargando además con una forma de organizar su actividad política que en lugar de acercarle a la consecución de sus objetivos le alejaba de ellos inevitablemente. El obrero transformó su actividad política en un *trabajo*, sin caer en la cuenta de que la forma *trabajo*, tal y como se presenta en nuestra sociedad de clases, suscita la profesionalización del trabajo, la conversión del libre y creativo desarrollo vital que despliega el proceso de la actividad política en un empeño alienado y alienante de la capacidad política al servicio del partido que la domina. Al reducir su capacidad a una mera fuerza de trabajo política, el militante aporta su valor en la cadena de producción del partido, pero debido al carácter privado de la posesión de los medios de producción, o sea, el monopolio por la casta dirigente de los instrumentos de decisión política, el militante percibe que *su propio trabajo se le enfrenta en medida creciente como propiedad ajena*. De ahí que su trabajo político se le presenta cada vez más como un *medio* para poder conseguir la gratificación moral de existir políticamente (o estar luchando para cambiar el mundo). Acude a las reuniones para sentirse bien fuera de ellas. El militante *ni siquiera considera su trabajo político parte de su vida; para él es más bien un sacrificio de su vida*. Por eso su implicación en la actividad del partido le parece cada vez más pesada, más insustancial, más aburrida. *Para él, la vida comienza allí donde terminan estas actividades, en la mesa de su casa, en el banco de la taberna, en la cama*. Hasta que en algún momento indeterminado de este proceso, un momento que se deja sentir siempre para la mayoría, el militante termina escuchando en su interior alguna versión del grito de Vaneigem: “la toma de partido por la vida es una toma de partido política. No queremos un mundo en el que la garantía de no morir de hambre equivalga al riesgo de morir de aburrimiento”.

La superación de este divorcio entre la forma y el contenido de la izquierda transformadora vendrá de la institución progresiva de los procedimientos de la

democracia participativa, o lo que es lo mismo, la socialización de los medios de decisión y producción política del partido. El trabajo político tal y como lo conocemos actualmente debe ser abolido para que pueda surgir en su lugar una nueva forma de actividad política más parecida a su formulación original. Desde el punto de vista de los antiguos atenienses nuestros sistemas de organización política, hablemos del Estado o de las organizaciones de la izquierda, serían, en el mejor de los casos, una aristocracia política, y en el peor, la oligarquía del gobierno de unos pocos, pero en ningún caso, una democracia, ya que para ellos la cualidad fundamental de la democracia radicaba en el gobierno del *demos* por el *demos* mismo, es decir, su activa participación en la elaboración de las leyes, en la toma de *todas* las decisiones (y no sólo las “importantes”) y en la posesión de los cargos. Nada más que se delegaba lo que era considerado imprescindible o tareas puramente administrativas, pero cuando esto ocurría, los delegados estaban sujetos a mandato imperativo y podían ser revocados en cualquier momento por la asamblea que los había elegido (la asamblea de los atenienses se reunía unas tres veces al mes, con una participación habitual que superaba los 5.000 ciudadanos). Según esta manera de entender el ejercicio de la política, lo que se practica en las organizaciones de la izquierda, básicamente la elección indirecta de cargos en un complejo proceso a tres fases, donde las bases eligen quién va a elegir a los que van a elegir a los que decidirán por ellas durante los próximos cuatro años, es más bien *pseudopolítica*, la apariencia de una práctica política que en realidad no existe. Los militantes no *hacen* política, sostienen la política que otros hacen por ellos.

12

Democracia ecológica

Sin embargo, en su sentido genuino la política lleva implícita el marcador de la participación activa, de la liberación creativa de las fuerzas vitales producida por el libre juego de la sinergia política de la comunidad. Mientras que los sistemas representativos tienden a la homogeneización del discurso, a la fabricación del consenso a costa de la persecución del disenso, los sistemas participativos producen y amplían una pluralidad enriquecedora de diversas expresiones políticas, es decir, de la actividad vital que realiza más íntegramente la libertad humana. Podemos apoyarnos en el “pensamiento poblacional” que algunos han señalado como el elemento fuerte de la teoría de Darwin frente al concepto de competencia de las especies para señalar las potencialidades ecológicas de los sistemas participativos. Se trata de un punto de vista que enfatiza el carácter único de cada individuo en las poblaciones de cada especie que se reproduce sexualmente, y que relaciona esta variabilidad real de las poblaciones con sus posibilidades de adaptarse al medio ambiente, y por consiguiente, de sobrevivir. Aplicado a la participación política, este principio nos llevaría a reconocer que el futuro de la organización de la

izquierda transformadora no está ligado a una lucha fratricida por la supremacía política, sino al esfuerzo por desarrollar nuevas y singulares manifestaciones políticas capaces de abrir caminos innovadores hacia formas de organización más ricas y complejas. La izquierda no sobrevivirá estrangulando las tendencias minoritarias que languidecen en su seno, sino arbitrando los procedimientos para que estas tendencias puedan expresarse y encontrar su lugar dentro del ecosistema político. A diferencia del camaleonismo ideológico del que hacen gala las organizaciones electoralistas en sus vanos esfuerzos por adaptarse a las demandas cambiantes del mercado electoral, una organización política fundada en el principio de la *democracia ecológica* es un (eco)sistema complejo que interactúa con el medio ambiente social y político en el que habita manteniendo un *equilibrio dinámico* que le permite conservar su modo de organización y la función política que le es inherente. Como todos los sistemas complejos las organizaciones políticas tienden a aumentar su grado de *entropía*, es decir, de desorden interior, en la misma medida en que se muestran incapaces de recibir energía desde fuera del sistema. Esto es lo que ocurre cuando la (bio)diversidad de la manifestación política se reduce a la producción monocorde del aparato del partido. La organización se hace más impermeable a las respuestas con las que el ambiente (la sociedad) le *informa* de la repercusión de los productos (políticos) que va generando. Y al mismo tiempo, al reducir su grado de complejidad, su grado de entropía aumenta hasta romper el equilibrio dinámico: se produce una crisis, que puede resolverse o bien en la imposición del desorden y la destrucción del sistema; o bien, a través del empleo de procedimientos autoorganizativos, en su completa renovación hasta alcanzar un nuevo momento de estabilidad, diferente al anterior.

Estos procedimientos de autoorganización son lo que nosotros llamamos democracia participativa, o *democracia ecológica* si los interpretamos en su sentido más global, y una vez puestos en funcionamiento harán brotar de los restos del partido una *comunidad ecológica* destinada a revolucionar el ecosistema político del capitalismo. Sus miembros ya no se llamarán militantes sino *participantes* y establecerán con su actividad creativa y reproductiva una nueva relación con la sociedad caracterizada por una sensibilidad más simbiótica, una técnica política que enriquezca la diversidad democrática, y una racionalidad política que engrandezca la conciencia humana. Murray Bookchin ha destacado la relación de inmanencia entre este pensar ecológicamente y una práctica social orientada a la promoción de las tendencias autoorganizativas de la naturaleza, y es precisamente en este “apoyo al impulso de la evolución natural hacia una biosfera más variada y fecunda” donde la sociedad humana se juega su bienestar y su supervivencia. El ser humano no es una abstracción de la naturaleza, es parte de ella, y por tanto, naturaleza consciente, la única naturaleza capaz de asumir una *ética ecológica* que discrimine positivamente aquellas de sus acciones que fomenten la biodiversidad de aquellas otras que la

destruyan. Si la lógica del capital conduce inexorablemente a la depredación de los recursos y la degradación medioambiental, la racionalidad ecológica es la condición subjetiva necesaria para un mundo sostenible. Es ahora cuando descubrimos que el abismo que separa a la militancia del partido, al partido de la sociedad y a la sociedad del Estado, es el mismo que separa a la comunidad social de la naturaleza, y todas estas separaciones no son más que expresiones diferentes de la contradicción esencial que separa al trabajador del producto de su trabajo, es decir, de su naturaleza vital, *la vida productiva misma, la vida que crea vida*. El signo del capital es el signo de la alienación absoluta que domina la relación humana con su propia naturaleza, el trabajo alienado, y de ahí es él quien expande su determinación a todas las formas de producción y relación social que caen bajo su férula. Es su sombra la que se proyecta en la negación del trabajador por el trabajo enajenado que *mortifica su cuerpo y arruina su espíritu*, pero es también la que se oculta tras la alienación de la actividad política del militante (y su enajenación ideológica, adoctrinamiento) por la máquina del partido, de la autonomía de la sociedad por las omnímodas atribuciones políticas del Estado, y de la naturaleza (que también es el ser humano) por la destrucción suicida del medio ambiente. El ciclo de la reproducción ampliada de las relaciones de producción del capital se expande por todos los resquicios de la sociedad del espectáculo, y al igual que ha producido la mercantilización de la política ha transformado también las relaciones sindicales en un medio de producción de *mercancía sindical* y las organizaciones de solidaridad en meras fábricas de *mercancías humanitarias*. Todas estas relaciones son diferentes formas de la alienación primordial que encierra el capital, y todas ellas serán disueltas conforme se articule en cada uno de sus ámbitos una nueva forma de relación social que hará de la democracia ecológica su forma de organización. Y es precisamente en este *movimiento real que anula y supera* el abismo surgido de las entrañas del capital donde la nueva comunidad ecológica se reconoce a sí misma. *He aquí su verdadero secreto: la Ecomuna* es, esencialmente, una forma autónoma de organización de la clase trabajadora, fruto de su lucha por la reconquista de sus derechos políticos, sociales y medioambientales, *la forma política al fin descubierta* para llevar hasta sus últimas consecuencias la emancipación política de los trabajadores y la revolución social.

Molina de Segura (Murcia), a 13 de septiembre de 2008